

## **“La historia de su vida”**

De Daniela Jenkins

La primavera parecía florecer en la chacra de mis abuelos. Esa tarde calurosa de febrero me permitía percibir el trinar de cientos de pájaros y la sórdida melodía de mis pasos en la alfalfa. En ese instante fue que las historias de generaciones pasadas retomaron vida y salieron nuevamente a la luz mediante la voz dulce de mi abuelo, quien aún conserva en cada rincón de su memoria la esencia de sus raíces.

Creo que las líneas que se tallaron en su rostro al sonreír, mientras caminaba a mi lado con el bastoncito color café, me llevaron a pedirle que me relate alguna de las innumerables historias que conoce de su pueblo.

– Bueno...espera que me acuerde – fue lo que me dijo tras sentarse en un tronquito.

Con cada uno de mis sentidos enfocado en sus palabras, me dispuse a escuchar lo que sería una de las historias más increíbles que mi corta edad habría podido oír.

– Esto sucedió hace más de 70 años querida, y creo que nadie de la familia conoce esta historia.

Yo era un jovencito, de unos 18 o 19 años si mal no recuerdo. En ese tiempo vivía cerca del río, en un ranchito con mis padres y mis 8 hermanos. Todos trabajábamos en la chacra. Nos esforzábamos mucho cada día del año para conseguir una buena cosecha y así poder comprar todo lo necesario para mantener bien a la familia.

Esa mañana me levante muy temprano, porque me tocaba llevar al pueblo la manteca que hacia mi madre. Desayune con el bara menyn\* de la nain\*, que tanto me gustaba de niño. Al terminar recuerdo que busque los caballos en el potrero y los acomode en la vagoneta. Luego cargué los panes de manteca envueltos en lienzos húmedos, para que se conserven fríos y empecé a andar por el callejoncito con rumbo al poblado. El sombrero negro atado al cuello y la lona que envolvía por sobre el pantalón mis piernas, aparentaban no existir frente a la brisa fría del sur, que levantaba la humedad del suelo y parecía escarchar hasta mis huesos. A paso firme y con el aliento agitado por el frío, los caballos recorrieron los caminos, hasta llegar al destino.

Me detuve en la mercante donde debía entregar la manteca. Ate los caballos en las argollas amuradas en la vereda, me acomode el sombrero y entre por la puerta principal. Con gran cordialidad me saludo don Braulio Jones, uno de los empleados, quien se encargó de atenderme. Le entregué el mandado, y pedí la bolsa de harina, el kilo de azúcar y la damajuana de tinto que me había encargado mi padre. Tras corroborar que llevaba todo lo pedido me acerque a la tesorería a pagar. De lejos, apoyados en el mostrador, dos gringos con cara de pocos amigos, que por sus pilchas no eran de acá, me relojearon con desagrado. Sin ser menos, y con el aire altanero que me provoco la situación, les devolví la mirada tan desagradable como pude, porque... ¿Quiénes eran esos tipos para mirarme así?

Le entregué la plata al cajero y me dispuse a salir del lugar para emprender rumbo al rancho. Al caminar hacia la puerta, uno de los gringos se levantó y de un pechazo me corrió de lugar. Bastante irritado y con ganas de aclararle los tantos, salí por donde había entrado, subí a la vagoneta y tape con una lonita la mercancía que los empleados ya habían acomodado. Para mi asombro, el otro atorrante que me había relojeado dentro del edificio salió por la puerta y tras soltar el humo de la pipa me dijo:

– Cuidate pibe...uno nunca sabe con quién se mete–.

Trate de ignorarlo, pero mi mirada le dijo todo lo que mi boca no soltó. Con el enojo a flor de piel, azote con las riendas a los caballos para comenzar a andar rumbo a la chacra. Al pasar frente a la estación del ferrocarril, me encontré con mi amigo Thomas Roberts, quien de un silbido me detuvo. De lejos y casi a los gritos me dijo:

– Harry ¡tanto tiempo! ¿andas muy apurado? vení un rato a la chacra, hace mucho que no andas por allá –

Todavía algo enojado por la situación pasada, accedí a ir hasta su casa. Estuve con él y su familia casi toda la tarde. Anécdotas, risas y algún que otro canto acompañaron el almuerzo, la hora del té y asomando la noche, algunas rondas de wiski.

Ya el atardecer pintaba el cielo cuando decidí partir hacia mi casa. Contentos me despidieron a los gritos cuando salí de la chacra.

Tras recorrer algunos kilómetros decaído en la somnolencia y pasado de copas, me recosté sobre el asiento, mientras los caballos a todo galope tiraban la vagoneta, ya acostumbrados a el camino que debían seguir para llegar al rancho.

Recuerdo que los zainos en un momento se asustaron un poco, pero yo en el estado que estaba no le di importancia.

A toda carrera subieron el puente de madera y en el traquetear de las ruedas en los tablones fue donde pude percibir que algo no estaba bien.

Algún gracioso en el pueblo había desenganchado la vagoneta de los caballos por lo que esta se soltó bruscamente. Como si alguien la empujara se despisto, chocando contra barandas del puente. Yo salí disparado por un costado por lo que un golpe seco en la cabeza me dejó prácticamente inconsciente y me hizo caer directo a las frías aguas del río.

En ese estado deplorable y abatido por la desesperación, traté de nadar hacia la orilla, lo cual no ayudaba mucho, porque las corrientosas aguas me arrastraban.

Los minutos pasaron, y yo que aun chapoteaba desesperado fui perdiendo la consciencia. Había tragado mucha agua.

Con mis signos vitales apenas lucidos recuerdo que, como por arte de magia, una persona me estrecho un palo desde las barrancas. Como pude me sostuve, y fui avanzando lentamente agarrado a el hasta llegar al borde del río.

En ese momento creo que quede totalmente inconsciente y me desmalle. No sé si fueron horas, minutos o segundos los que permanecí de esa manera, lo único que recuerdo fue que desperté recostado debajo del puente

Al tratar de moverme, aun algo dormido, una suave caricia en la mejilla me detuvo. Apenas pude abrir los ojos, y observar en la oscura noche sentada al lado mío, a una joven. Ella, con sus labios color cereza, me dijo muy suavemente:

– Vas a estar bien...cuídate mucho –

Intente recuperar aliento para poder preguntarle ¿Qué había pasado? ¿porque estaba allí?, pero me di cuenta de que ella ya no estaba a mi lado.

En un abrir y cerrar de ojos se había ido, no sé cómo ni con que rumbo. Me pareció verla correr, iluminada por la luna, hacia el campo, pero temo que en realidad no fue así.

Como pude me levanté y comencé a caminar por la calle hacia mi chacra.

Toda mi vida me pregunte ¿quién era esa joven? La intente buscar para agradecerle por haberme salvado la vida, pero nadie parecía conocerla. Llegue a pensar que había sido una alucinación producto del golpe, pero nunca supe si estaba en lo cierto. Había sido tan real, que era imposible creer que solo era un sueño –

– Abuelo... ¿estás bien? – Le pregunte mientras intentaba disimular mi asombro.

Con una pícara sonrisa y agarrándome de la mano me dijo: – Si querida, mejor que nunca...

Sin dudas desde esa caminata con mi abuelo, el puente de madera no volvió a ser nunca más para mí una estructura común e insignificante. Ahora, ese puente guardaba una historia de vida, que quizás dentro de algunos años iba a volver a florecer detrás de unos ojos cargados de emoción...como los de mi abuelo.

~ fin ~

\*Bara menyn: pan con manteca

\*Nain: abuela